

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 11 de Septiembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 37

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*El arpa*, por Miguel Moya.—*Contemplación*, por Lola Rodríguez de Tió.—*El régimen*, por Jacobo Moleschott.—*A mi queridísima sobrina Nieves Montero de Espinosa*, por Baltasar López de Ayala.—*Un loco*, por Guy de Maupassant.—*La última voluntad*, por Julio Ricard.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Cristóbal Colón* (continuación), por Alfonso de Lamartine.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: La tarde.—La muerte de Gonzalo de Córdoba.—La barbarie y la civilización.—Cristóbal Colón.

CRÓNICA

YA sabrán Uds. que, según el periódico de París *Le Temps*, en España la gente se muere del cólera como chinches.

En Andalucía y Madrid sobre todo, asciende á miles de millares el número de habitantes atacados..... de risa.

Porque en esto de ataques hay muchos géneros, especies, clases y familias.

Verbigracia: En Francia por el año de desgracia de 1870 caían poblaciones en masa atacadas por cuatro hulanos.

En cambio en España, si la cosa se terciara, después de atacarnos bien los pantalones, solemos añadir una *erre* al *voquible* y atracarnos de valientes como en 1808.

Es cuestión de carácter.

Pero volviendo á mi cuento, ello es que, al decir de *Monsieur le Temps*, estamos apestados de cólera, ni más ni menos que si el abuelo Bismarck nos hubiese arrebatado la Alsacia y la Lorena.

Afortunadamente, no hay bacillus ni prusia virgula que hasta la hora de ahora se haya atrevido con nosotros.

Pudiera ocurrir, Dios no lo quiera, que se volvieran las tornas, porque como el cólera morbo asiático se extiende cada vez más en Francia, y en España sobran traductores de todo lo malo que allí se produce, es muy posible que el día menos pensado nos encontremos en cualquier parte con ese tremendo galicismo.

Pero hasta que el caso llegue, ¿por qué proplan tamaño mentira por Europa?

Perjudicar á veces nuestros intereses comerciales, y en visperas de conmemorarse en España con solemnes y populares fiestas el cuarto Centenario del descubrimiento de América, es la mayor de las felonías.

Ahora me explico la algarada que ha armado el profesorado español contra el ministro de Fomento por haber suprimido este último la clase de francés en los centros oficiales de enseñanza, en los que por cierto no hay una asignatura de lengua castellana; sin duda piensan aquellos doctos señores que la juventud debe de conocer nuestra historia y costumbres tal y como los escritores gabachos suelen aderezarla, faltando á la verdad, rectificando á la naturaleza y ofendiendo nuestro amor patrio: como aquello de que el Africa empieza en los Pirineos.

**

El magnífico telescopio montado en el Observatorio de Lick, situado en Mount Hamilton (California), está prestando á la ciencia los más grandes servicios. La actual proximidad del planeta Marte, con el consiguiente aumento en tamaño y brillo, son circunstancias muy favorables para su observación, habiéndolas aprovechado los astrónomos de aquel Observatorio para hacer un minucioso estudio de dicho astro, utilizando la gran potencia de aquel maravilloso instrumento.

El resultado ha sido interesantísimo, y los dibujos que se han hecho de lo observado

muestran importantes cambios en la disposición exterior de Marte comparados con los dibujos de Schiapparelli.

Las más importantes observaciones hechas son aquellas que han tenido por objeto el estudio de los dos nuevos satélites que tiene Marte y que fueron descubiertos en 1877.

Esos dos satélites, no solamente han sido perfectamente vistos desde California durante casi todo el pasado mes, sino que en los últimos días han observado aquellos astrónomos sus eclipses en la sombra de Marte.

Los dos satélites son muy pequeños comparados con la magnitud de los demás cuerpos siderales; los más pequeños, en fin, de nuestro sistema solar.

El más cercano á Marte tiene próximamente un diámetro de ocho millas, y el otro de unas veinte, distando el primero 4.000 millas del planeta, y 12.000 el segundo.

Su movimiento de revolución es tan rápido, que en menos de ocho horas da el primero una vuelta completa.

La luz que reflejan es insignificante.

**

¿Qué será ello?

Unos pescadores de San Sebastián se encontraron la semana anterior una lancha abandonada, al parecer, en alta mar.

Cuando se apoderaron de ella para remolcarla á la costa, les sorprendió ver que dentro de la barca se encontraba un joven francés, quien, por no saber remar, dijo que se encontraba en aquella situación hacía seis días.

Tan pronto como llegó á tierra, el joven francés se presentó al Cónsul de la nación vecina.

Al día siguiente estuvo en San Sebastián el dueño de la lancha, y dijo que desde el domingo 28 del pasado mes de Agosto había recorrido los puertos vecinos, y en todos ellos le manifestaron que habían visto su lancha en alta mar, llevando á bordo cuatro personas.

Conducido donde estaba la lancha recogida por los pescadores, la reconoció en seguida: era la misma que tan afanosamente buscaba.

El joven que se encontró dentro del barco se ha negado á dar explicaciones, y no habla más palabras que las que pronunció al principio y dejamos consignadas.

Se le han encontrado un revólver y un squirt con cápsulas.

Como todo esto coincide con el hallazgo de un cadáver de persona elegante, que tenía aún puestos los guantes y que las olas arrojaron á la Zurriola, acerca del cual los médicos han informado que debe estar ahogado desde hace algunos días, las autoridades y la opinión han relacionado ambos hechos.

El misterioso joven, sin salir de su mutismo, ingresó en la cárcel.

No ha sido posible arrancarle una palabra más que decir su nombre: Luis Reymón.

En otros interrogatorios, una vez dijo que era natural de París y otra de Lyon.

El cadáver no ha podido ser identificado.

Otros pescadores han hallado también cuatro remos flotando en alta mar.

**

Durante la Exposición de Chicago irán á los Estados Unidos dos locomotoras inglesas, manejas por ingenieros británicos, que harán la carrera entre Nueva York y Chicago en competencia con igual número de locomotoras americanas.

Tratándose de ingleses y de yankees, es muy posible que como fin de fiesta nos ofrezcan un descarrilamiento muy *chic*: quién de las dos naciones hace mejor una tortilla de un tren de viajeros.

J. G. M.

EL ARPA

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!

BECQUER.



REINA de la música, alma de la armonía, encanto del oído, símil del genio, preludio de belleza sublime y misteriosa voz á cuyos irresistibles ecos despierta el sentimiento; todos los instrumentos musicales te rinden veneración y culto, todos se postran humillados ante tu divina grandeza, todos conocen los milagros de que eres capaz, admiran tu egregio linaje, saben tu gloriosa historia, y convencidos de que al honrarte honran el divino arte de que son expresión fidelísima, te aclaman y saludan como al genio mágico de la música, que ha logrado hacer de la plegaria una epopeya de lágrimas cuyos cantos se oyen en el cielo.

Sólo Dios sabe cuánta sublimidad encierras en tu seno. Sólo él es capaz de otorgar á sus virtudes el premio merecido. Tú eres la amiga inseparable de aquel rey de los judíos tan favorecido por Dios como olvidado de sus beneficios, que en la hora del arrepentimiento quizá no hubiera percibido tan bellamente las dulzuras del perdón á no ser tú la mensajera de sus poéticas lamentaciones; tú, la que semejas angélicas melodías y trinos de ruiseñor; tú, la escala de áureas cuerdas que encierran un mundo de belleza; tú, la compañera eterna de la mujer judía; tú, en fin, el instrumento más hermoso, más dulce, más tristemente poético de cuantos el arte emplea en su servicio: tuviste por patria un pueblo que pagó su criminal error con el destierro, y emigrante, hoy ese pueblo no tiene patria; tú, como el arte, tienes por patria el mundo.

Cuando asistimos á un concierto y empieza la ejecución de una de esas obras maravillosas que han arrojado al mundo desde la altura de su genio esos gigantes del arte que se llaman Mozart, Beethoven, Haydn y Mendelssohn, la orquesta toda se pone en conmoción como las abejas de una colmena. Allí todos los instrumentos se afanan en procurar que el conjunto resulte armonioso y perfecto; pero, no obstante, diríase que lucha cada cual por hacerse oír más que los otros, y lograr en premio un aplauso. Los violines gimen acompasadamente bajo sus arcos, dejando percibir vibraciones delicadas que conmueven lo más profundo de nuestro ser, y hacen asomar lágrimas á nuestros ojos; la flauta, eco fiel de la melancolía y de los sencillos amores, nos impresiona con la dulzura de su voz; los instrumentos de metal, con sus notas que tanto imitan el rugido de las pasiones, animan á las más grandes empresas, infundiéndonos valor y entusiasmo; pero nadie logra la victoria.

Aquella es una revolución de belleza, una especie de anarquía ordenada por la indiscutible batuta. Pero habla el arpa, abandona el triste silencio en que sus recuerdos la tienen sumida, y la orquesta enmudece; sólo se oye entonar aquella prodigiosa escala que una mano de nieve arranca de las cuerdas del arpa, como se arrancan las hojas de una flor. En aquel momento, arpa, todo lo dominas: el público oye tus suspiros con religiosa atención; el violín y la flauta callan avergonzados de que puedan creérseles rivales tuyos, y todas las almas, seducidas por tu irresistible elocuencia, sienten deseos de amar á Dios. Mezclados en fraternal consorcio con las notas del arpa, llegaron á los oídos del Ser Supremo estos lamentos y estas alabanzas de David:

«No hay santidad en mi carne á causa de tu ira, ni hay paz en mis huesos á causa de mi pecado.

»Mis amigos y mis compañeros se quitaron delante de mi plaga, y mis cercanos se pusieron lejos.

»Y los que buscaron mi alma armaron lazos, y los que pensaban mi mal hablaban iniquidades y meditaban fraudes todo el día.

»Mi corazón está dispuesto, ¡oh Dios! Cantaré y salmearé todavía en mi gloria.

»Despierta, salterio y arpa: despierta al alba.

»Te alabaré, ¡oh Jehová!, entre los pueblos: á ti cantaré salmos entre todas las naciones.

»Porque grande, más que los cielos, es tu misericordia y llega hasta los cielos tu verdad.»

Esa es, arpa, tu página inmortal. Sí, puedes decirlo con orgullo: has ayudado á cantar las tristezas y las alegrías, el sublime poema de un pueblo á cuyo paso abrió Dios las aguas del Mar Rojo, y para cuyos sufrimientos tuvo por premio la paradisíaca tierra de promisión.

También sabes cantar el amor, pero no el amor arrebatado y loco, sino el puro y dulce amor de la inocente virgen. La mujer hermosa, á quien no oculta la clave de tus secretos, reconocida te cuenta todos sus pesares, y enamorada de tu belleza te abraza conmovida, vertiendo hermosas lágrimas que arrancas fácilmente con tus inspirados cantos. La música religiosa no puede encontrar intérprete más fiel y sereno que tú. Gounod, en su sentido y melodioso *Ave Maria*, ha solicitado de ti la inmortalidad, y en cuatro notas se la has concedido. ¡Poder maravilloso!

Tu fama es universal; tu compañera, la musa; tu altar, el templo. Allí, en esas festividades religiosas donde se respira mirra é incienso, y la vista, impresionada por la sublimidad misteriosa del culto, cree perderse en la gloriosa región de la eternidad divina; cuando la voz grave, sonora, majestuosa del sacerdote que celebra el sacrificio incruento cesa de cantar breve rato y un público inmenso se confunde en la oración ferviente; cuando en el altar brillan el oro de los candelabros, las plateadas lentejuelas de que están recalcadas las colgaduras y los vistosos ramos de flores que la devoción consagra á la Inmaculada Virgen; cuando los fieles todos se postran de rodillas porque la Divina Forma va á seralzada, en medio de un silencio imponente, roto tan sólo por el leve murmullo de la plegaria y el rezo, del coro, lujosamente engalanado con terciopelo y seda, sale una voz melódica, preludio más bien de angelicales coros, que ahoga todos los ánimos en un mar de dulcísima armonía... Es la voz del arpa que quiere llevar hasta el Eterno reumidas las oraciones de todos los fieles.

Pero, dolor causa decirlo, el arpa no siempre goza de las consideraciones que su ilustre origen y sus innegables títulos merecen. Yo la he visto muchas veces rota, sucia, enmohecida, casi muerta por esas calles, en hombros de pequeños y desgraciados músicos, que más bien la arrastraban que la conducían.

Ya sé la causa de esta degradación. El arpa no ha olvidado que estuvo en Jerusalén, y por eso es ahora la pesada cruz con que los niños músicos suben al calvario del arte.

MIGUEL MOYA.

CONTEMPLACIÓN

¡La tarde á su fin se acerca:
ya las sombras enlutadas
tienden por el horizonte
su crespón de leves gasas,
tan vago cual de mis sueños
las imágenes opacas,
que en confusión caprichosa
en mi cerebro se enlazan!

¡Se va acercando la noche
por la tristeza velada!...
¡Todo reposa, y los campos
yacen en profunda calma!...
La mariposa, en el seno
de alguna flor reclinada,
sueña que el aura le roba
perfumes que la embriagan!
¡Los árboles ya parecen
espectros de la montaña,
visiones que misteriosas
de inmensa tumba se alzan!
¡Así cual de la memoria,
que es el sepulcro del alma,
irguiéndose los recuerdos
entre sombras se levantan,
cual fúnebres mariposas
de negras, de grandes alas!

¡Sola me encuentro; la vista
el amplio horizonte abarca,
sin fijarse en los objetos
que esconde la niebla vaga!
¡Nada perturba el reposo
de esta soledad amada!...
¡Libre el pensamiento puede
tender sus divinas alas,
y alejarse de este mundo
donde se miente y se engaña!...
¡Bien puedo elevar la mente
á otras regiones más altas,
venciendo así la impotencia
que el corazón me desgarró,
cuando miro que mi vida,
presa de mortales ansias,
la oculta fe va perdiendo
de su más bella esperanza!

Quiero dejar lo visible,
donde todo aflige ó cansa....
Quiero buscar en lo alto
lo que abajo no se halla....

¡Quiero ver á Dios más cerca
en esa excursión del alma,
y recibir el bautismo
de una luz que no se apaga!...
¡Quiero ver el infinito!...
¡Oh! ¡Cuán sublime jornada
allí donde son los astros
faros de divinas playas!...
No quiero ser en el mundo
de la mentira una esclava
quiero rasgar esta negra
vestidura que me ata,
para buscar en lo alto
lo que abajo no se halla.

¡Ya percibo los albores
de celestes esperanzas!...
¡Ya diviso los umbrales,
ya me refrescan las auras
de la región donde tienen
centro divino las almas,
que proscritas de los cielos
acá en la vida se afanan
recorriendo su *via crucis*
para ser regeneradas!...

¡Ya recobro nuevas fuerzas:
renace la confianza
para emprender esta lucha
de los dolores del alma!
Ya la noche con sus besos
doliente acaricia el arpa,
la luna cine mi frente
con su poética llama;
melancólica, apacible,
vierte sus tiernas miradas
sobre la pobre proscrita,
que lejos del ser que ama,
exhala amantes suspiros
en la ausencia solitaria.

¡Cuán dulces meditaciones!
¡Cómo renace la calma
cuando se fija la vista
en esas regiones altas!
¡Cómo se llena el vacío
que el dolor forma en el alma,
con Aquel que el sufrimiento
con llanto divinizará,
de cuyo seno por siempre
amor y perdón emanan!...
¡Cuán grato es de lo invisible
traspasar las hondas vallas,
dejando en el mundo vano
nuestra miserable larva....
y flor viviente hasta el cielo
tender las inquietas alas!...

¡Cómo es grato sustraerse
á las miserias humanas,
y dejar que el pensamiento
penetre con su mirada
por los mundos infinitos
de luces que no se empañan,
que el espíritu vislumbra
en su penosa jornada!

¡Lleven al cielo mi canto
los céfiros en sus alas,
que en cada nota va envuelta
de mi lira una plegaria!
¡De soñados esplendores
me acosa la honda nostalgia:
por eso busco en la altura
la luz que nunca se apaga!
¡La que ilumina por siempre
con su benéfica llama,
los inmensos horizontes
de esas regiones lejanas!

LOLA RODRÍGUEZ DE TIÓ.

EL RÉGIMEN



A verdadera igualdad del hombre estriba en la diferencia. Todos somos iguales, precisamente porque la más pequeña diferencia de relaciones produce una diferencia en la composición y en la actividad de nuestro cuerpo. Una manera distinta de vivir y de alimentarse, un clima y un suelo distintos exigen otra sangre y otro cerebro diferentes.

Y, con efecto; cuando desde las zonas heladas del Norte hasta el ardiente cielo de los trópicos se siguen las numerosas alternativas en las cuales el calor y el frío, los montes y los valles, el mar y la tierra, los bosques y las llanuras, los animales y las plantas dominan al hombre por sus violentos contrastes y sus transiciones siempre variables, dejamos de asombrarnos si la forma y el color, el carácter y las costumbres hacen que las diferencias sucedan á las diferencias, con tal prodigalidad, que nos resistimos á reconocer como ramas de un mismo tronco á las razas humanas tan movibles y tan múltiples.

Las innumerables gradaciones de forma y

combinación de los productos de la tierra y del agua ejercen su influencia sobre el alimento del hombre. Y no temo asombrar al lector si le digo que considero el alimento mismo como una de las causas más importantes de las variedades del género humano. Pero debo insistir acerca de este punto, tanto más, cuanto que ninguna influencia se presenta aislada en nuestra vida, que se renueva incesantemente.

A propósito de la tesis, llena de grandeza, emitida por Haman,— todo lo aislado es recusable,—Goethe dice estas palabras tan verdaderas y tan consoladoras para los vacíos que ofrece la ciencia humana: «En cada comunicación oral, á menos que no sea poética, se halla una gran dificultad, porque la palabra debe destacarse y aislarse para decir y significar alguna cosa. El hombre, en el momento en que habla, no puede presentar sino un aspecto: no hay comunicación, no hay enseñanza sin separación.» Perdónese me, pues, si á causa de esta separación necesaria he relegado á último término las poderosas influencias del aire y la tierra, de la naturaleza que nos rodea en la soledad de los bosques, en las ondulosas faldas de las montañas, en la fatigosa uniformidad de las dilatadas llanuras, lo mismo que en el seno de la imponente inmensidad de los mares; si he guardado silencio acerca de la unión íntima de las relaciones de las plantas y los animales, de los efectos de las relaciones entre unos y otros hombres que alternativamente nos elevan ó nos rebajan, que unas veces nos alegran y otras nos hieren dolorosamente; si no he dicho nada sobre la instrucción por medio de la palabra y sobre el poder del canto, para insistir más fuertemente acerca del extenso imperio de la alimentación. Por efecto de todas estas influencias reunidas, el hombre se halla determinado bajo todas sus fases, su individualidad se halla formada necesariamente, se relaciona con el mundo por todos lados, porque la creación le toca por todas partes.

He tomado un anillo de la cadena, el alimento, pero no para separarle de ella. Si el mar limita la tierra, y si la tierra limita el mar, ambos son la condición indispensable de la existencia de las plantas y de los animales que cambian de mil maneras los alimentos del hombre, según los climas. La influencia que el alimento ejerce sobre el hombre, se extiende á las relaciones, al carácter y á la inteligencia de los pueblos y de los individuos; pero las relaciones cambian al hombre, el hombre cambia el alimento, y el alimento cambia el suelo. Acción y reacción por todas partes.

Y esta reacción, cuyo poder es la más segura y exacta expresión de la razón de esta raza de Prometeo que escala el cielo, esta reacción da al hombre la tenaz flexibilidad que le permite vivir en todas las comarcas del vasto imperio de la naturaleza. Si se aproxima al polo, se contentará con pescados; bajo los trópicos pasa desde una multitud de frutos exquisitos á las carnes más sabrosas de caza, y si en las llanuras del Norte de América el cazador no come más que carne de búfalo, si el indígena de Nueva Holanda, que no halla en toda la extensión de esta gran isla un fruto comestible tan grueso como una cereza, se alimenta solamente de carne, en los climas ardientes, donde el uso demasiado abundante de la carne sería funesto, es donde domina el de los vegetales, y el peguan, lo mismo que el malabar, se limitan á éste por superstición.

Nuestra sangre viene á representar el término medio entre la de los carnívoros y la de los herbívoros. Mas no es ese el punto de partida de la diferencia que nos distingue de los animales cuyo alimento es todo de una sola especie. Ya en los órganos digestivos se borran estas diferencias marcadas que, en la formación de estos órganos, separan de una manera tan completa los animales que viven solamente de plantas y los que exclusivamente se alimentan de la carne de los demás. Si dientes numerosos y compuestos permiten á los herbívoros roer y mascar, si un canal digestivo más prolongado y glándulas salivares más gruesas les hacen más capaces de digerir las substancias vegetales más duras, que los carnívoros no podrían aplastar bajo sus dientes menos desarrollados y más agudos, mientras que sus glándulas salivares, menos ricas, y su intestino más corto no bastarían para disolverlas, vemos en el hombre una proporción intermedia en la construcción de los dientes y de las mandíbulas, del estómago y del intestino, de las glándulas salivares y de los músculos que sirven para la masticación.

Por estos medios el hombre puede igualmente digerir un alimento animal ó vegetal. Y porque hay alimentos vegetales y animales en los que se hallan representados los tres grupos de los principios alimenticios, porque el pan y la carne pueden proporcionar á la sangre las partes que necesita, vemos al peguan acostumbrarse exclusivamente al alimento vegetal, lo mismo que muchos indios de la América del Norte se acostumbran á la carne sola, y los groelandeses al pescado.

Doquier se hallan con abundancia estos dos productos de la naturaleza, los dones del campo y los del bosque, el gusto ha escogido de ambas partes los principales representantes de las substancias alimenticias. Y si se designan con el nombre de animales domésticos al buey y al cerdo,

PAISAJE DE OTOÑO



J. Espina lo pintó.

LA TARDE

FOTOG. J. LAURENT Y C.[®]



St. Crespo to pinto.

LA MUERTE DE GONZALO DE CORDOVA

Fotoc. J. Laurent y C.ª

el trigo y las legumbres tienen igual derecho á la denominación de vegetales domésticos.

Cuanto más civilizados son los pueblos, tanto más se desarrolla en ellos el cuidado de los animales y de los vegetales domésticos. Doquier que florecen la agricultura y el cebo del ganado, ó mejor dicho, en todas las comarcas donde el cebo del ganado aumenta el producto del campo, el hombre hace uso de la carne y del pan, de la leche y de los frutos. Y como digiere unos y otros con facilidad, la composición de su sangre corresponde á la digestión, como la digestión á la estructura de los órganos que con ella se relacionan.

Y ahora bien: si un alimento compuesto de substancias animales y vegetales es el que más conviene á la digestión del hombre y á la formación de la sangre, ¿no es preciso también que esta mezcla de alimentos que produce en el hombre los huesos y los músculos que le son propios, desarrolle en él la substancia cerebral, órgano del pensamiento y del sentimiento humanos? Tan distante de la fiereza, que los pueblos cazadores comparten con los animales carniceros como de la harto débil actividad de espíritu peculiar de los indios que sólo viven de vegetales, y que en vez de digerir para vivir cual hombres parece que sólo viven para digerir, el europeo civilizado digiere fácilmente su alimento mezclado, y su sangre le proporciona un cerebro, cuyo vuelo admiramos en esas maravillosas creaciones que personifican la belleza y la sabiduría humanas.

Así se reproduce siempre ese círculo de acción y reacción que por todas partes sujeta al hombre á la naturaleza. La diferencia que proviene de los grados de esa reacción, produce también la individualidad de cada hombre. Después de una corta descripción del cambio de las substancias, considerado bajo el punto de vista de toda la especie, he descrito en el libro segundo, con rasgos generales, los efectos que á cada alimento pertenecen. Ahora bien: si el sexo y la edad, el estado y el modo de vivir, los hábitos y los climas cambian al hombre, no poseemos sino un lado de la teoría de los alimentos, en tanto que nuestros conocimientos se limiten al cambio de la materia por la especie, y á los efectos generales de los alimentos. El otro lado consiste en desarrollar el modo cómo el cambio de la materia, tal cual es propio del individuo, determina la elección de los alimentos. Esto nos conduce al régimen. Réstame, pues, en este último libro sentar las reglas del régimen para las circunstancias más importantes referentes al individuo.

JACOBO MOLESCHOTT.

Á MI QUERIDÍSIMA SOBRINA
NIEVES MONTERO DE ESPINOSA

EN SUS DÍAS
ESFORZÁNDOLA EN SU SANTA VOCACIÓN

SEGUIDILLAS

¡¡Felicidad!! Sublime
nombre sonoro:
martirio del deseo,
nombre engañoso:
ilusión loca,
mentira placentera,
lejana sombra.

¿Quién contigo se trata?
¿Quién te conoce?
¡Felicidad! Revela
el lugar donde
tienes tus lares:
aunque estén muy remotos,
quiero buscarte.

Huyes del afligido
y va la pena
anhelante y llorosa
tras de tu huella:
y siempre oculta,
inútilmente el alma
tu amparo busca.

Si eres un imposible,
¿por qué has nacido?
¿No te dan pesadumbre
los tristes gritos
con que pregonan
el hombre sus desdichas?
Tú, muda y sorda.

Impostura ó quimera
fueron tu origen,
y ni un remoto ejemplo
lo contradice.
Eres un mito,
y nadie en este mundo
te ha poseído.

Conque ¡Nieves del alma!
ya lo escuchastes;
en esta vida sólo
tocan pesares,
y es muy discreto

elegir los pesares
que alcanzan premio.

Yo no te felicito,
según costumbre:
«que los veas muy felices»
y que procures
buscar el medio
para que tus dolores
tengan consuelo.

La fe, nos da el destino
noble del alma:
sin ella se concluyen
las esperanzas
la fe concierta
con el edén perdido
la vida eterna.

Ya que en tu pecho luce
su llama ardiente,
sal del mundo, que el mundo
todo lo vence;
y es imprudencia
no evitar los peligros
de activa guerra.

Busquemos horizonte
más despejado;
el que aquí nos oprime
produce espanto,
y hay uno inmenso
que lo adivina el alma
siempre sereno.

Dirige por doquiera
tus bellos ojos
verás cuántos motivos
hallas de enojo;
y con ser muchos,
no has de ver los más graves,
que están ocultos.

Aunque pises abrojos
de agreste sierra
dirigete á la altura,
que el alma anhela;
luego, en la altura,
para siempre se olvidan
las amarguras.

Tu piedad ha vencido
¡¡Nos abandonas!!
Quizás cuando mañana
brille la aurora,
su luz primera
sola y arrodillada
te halle en la celda.

Ya las puertas se abren
del monasterio;
tristes están ¡¡muy tristes!!
tus ojos negros;
pero en el alma
renuevan su tristeza
tus esperanzas.

Es llegado el instante
de tu partida.
Tu rostro está marchito,
tu mano fría.
Delante tengo
más que mística boda
lúgubre entierro.

Aquí quedan tus padres
y tus hermanos,
tus deudos, tus amigos,
todos llorando;
votos y rejas
del mundo en que vivimos
¡ay! te destierran.

Las puertas se cerraron.
¡¡¡Ya la perdimos!!!
Ya por espacio extenso
triste sonido
y humilde canto
melancólicos suenan:
¡Ya está rezando!!!

El sol se oculta lento
tras las montañas:
pasó la noche triste,
ya viene el alba;
alba risueña,
para la Virgen pura
serás eterna.

BALTASAR LÓPEZ DE AYALA.

UN LOCO

ERA jefe de un alto tribunal, magistrado íntegro, cuya vida irreproachable se citaba en todos los tribunales de Francia. Los abogados, los consejeros, los jueces lo saludaban inclinándose mucho, en señal de profundo respeto, ante su ancho rostro blanco y delgado, animado por dos ojos brillantes y profundos.

Había pasado su vida persiguiendo el crimen y protegiendo á los débiles. Los bribones y los asesinos no habían tenido enemigo más temible, pues parecía leer en el fondo de sus almas sus pensamientos más secretos, y abarcar con una sola mirada todo el misterio de sus intenciones.

Murió á la edad de ochenta y dos años, rodeado de respeto y sentido por todo un pueblo: soldados de pantalón encarnado le escoltaron hasta su tumba, y hombres de corbata blanca pronunciaron sobre su féretro palabras de desolación y vertieron lágrimas que parecían verdaderas.

Júzguese por eso cuál sería la extrañeza, el asombro del notario, al descubrir confuso y entontecido en el *secretaire*, donde el difunto tenía la costumbre de encerrar los procesos de los grandes criminales, un cuaderno voluminoso que tenía este título: ¿POR QUÉ?, y que á la letra decía:

«¿POR QUÉ?»

20 de Junio de 1851.—Salgo de la sesión. He hecho que condenen á muerte á Brondín. ¿Por qué este hombre había matado á sus cinco hijos? ¿Por qué? A menudo se encuentran gentes para quien destruir la vida es una voluptuosidad. Sí, sí, y debe ser voluptuosidad, la mayor de todas quizás. ¿Matar, no es lo que más se parece á crear? ¡Nacer y destruir! ¡Estas dos palabras encierran la historia del universo, toda la historia de los mundos, todo lo que se dice, todo!

¿Por qué es tan embriagador el matar?
25 de Junio.—Pensar que un ser es una cosa que vive, que anda, que corre... ¡Un ser! ¿Qué es un ser? ¡Esta cosa animada que nos lleva al principio del movimiento, y á una voluntad que arregla este movimiento!

Nada lo sujeta, nada le detiene. Sus pies no comunican con el suelo. Es un grano de vida que se mueve sobre la tierra; y este grano de vida, venido no se sabe de dónde, se le puede destruir como se quiera. Y después, nada, nada más. Se pudre, se acabó.

26 de Junio.—¿Por qué, pues, es un crimen matar? Sí, ¿por qué? Es, al contrario, la ley de la naturaleza. Todo ser tiene por misión matar: mata para vivir y mata por matar.

¡Matar está en nuestro temperamento; es preciso matar! La fiera mata incesantemente, todo el día, en todos los momentos de su existencia.

El hombre mata sin cesar para alimentarse; pero como tiene necesidad también de matar para divertirse, ha inventado la caza. El niño mata los insectos que encuentra, los pajaritos, todos los animalillos que le vienen á la mano.

Pero esto no es suficiente para la irresistible necesidad de matanza que hay en nosotros.

No nos basta matar al animal; necesitamos matar al hombre. En otros tiempos se satisfacía esta necesidad con los sacrificios humanos.

Hoy, la necesidad de vivir en sociedad ha hecho de asesinato un crimen. ¡Se condena y se castiga al asesino! Pero como nosotros no podemos vivir sin entregarnos á este instinto natural é imperioso de muerte, nos solazamos de vez en cuando, con guerras, en que un pueblo entero degüella á otros pueblos. Es entonces una orgía de sangre, que enloquece los ejércitos y que emborrachan todavía los paisanos, las mujeres y los niños que leen por la noche, bajo la lámpara, los relatos exaltados de las carnicerías. Y no vaya á creerse que se desprecia á aquellos destinados á cumplir estas carnicerías de hombres. Se les colma de honores, se les viste con oro y con telas resplandecientes, llevan plumas en la cabeza, adornos en el pecho; les dan cruces, y recompensas, y títulos de todas clases. Son altivos, respetados, amados de las mujeres, aclamados por la multitud.

¡Únicamente porque tienen por misión derramar la sangre humana! Arrastran por las calles sus instrumentos de muerte, que el paisano vestido de negro mira con envidia. ¡Porque matar es la gran ley escrita por la naturaleza en el corazón de la criatura! ¡Hay nada más bello y más honroso que matar!

30 de Junio.—Matar es la ley, porque la naturaleza ama la eterna juventud. Parece natar por todos sus actos inconscientes: «¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Aprisa!» Cuanto más destruye, más se renueva.

2 de Julio.—El ser.—¿Qué es el ser? Todo y nada. Para el pensamiento, es el reflejo de todo. Para la ciencia, es un compendio del mundo, cuya historia lleva en sí mismo; espejo de las cosas y espejo de los hechos; cada ser humano es un pequeño universo en el universo.

¡Pero viajad; mirad cómo bullen las razas, y el hombre no es nada! ¡Nada, nada! Subid en una lancha; alejaos de la orilla cubierta por la multitud y pronto no veréis más que la costa. El ser imperceptible desaparece; tan pequeño es y tan insignificante. Atravesad la Europa en un tren rápido, y mirad por la ventanilla. Los hombres, hombres, siempre hombres, innumerables, desconocidos, que pululan en los campos, que pululan en las calles; campesinos estúpidos cavando para remover la tierra; mujeres odiosas, no ocupándose más que en hacer la comida del macho y en parir. Id á las Indias, id á la China, y veréis también cómo se agitan millares de seres que

nacen, viven y mueren sin dejar más rastro que la hormiga aplastada en los caminos. Id al país de los negros que moran en chozas de fango; á los países de los árabes blancos, abrigados bajo una tela parda que flota al viento, y comprendéis que el ser aislado, el individuo, no es nada, nada, la raza es todo. ¿Qué es un ser cualquiera de una tribu errante del desierto? Y esas gentes, que son los *sages*, no se inquietan por la muerte. El hombre no es nada para ellos. Matan al enemigo; es la guerra. Eso se hacía así en otro tiempo, de morada á morada, de provincia á provincia.

Sí, atravesad el mundo y mirad pulular los humanos innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Ah, vean la palabra del problema! Matar es un crimen, porque nosotros hemos numerado los seres. Cuando nacen se les inscribe, se les da nombre, y se les bautiza: la ley los toma. ¡Eso es! El ser que no está registrado no se cuenta matarle en las landas ó en el desierto, matarle en la montaña ó en la llanura. ¡Qué importa la naturaleza! ¡Ama la muerte, ella no castiga!

Lo que, por ejemplo, es sagrado es el estado civil. ¡Eso es! Ese es el que detiene al hombre. El ser es sagrado porque está inscrito en el estado civil. Respeto al estado civil, el Dios legal. ¡De rodillas!

El Estado puede matar, porque tiene el derecho de modificar; el estado civil, cuando quiere degollar doscientos mil hombres en una guerra, los borra de su estado civil, y los suprime, y punto concluido. Pero nosotros, que no podemos cambiar las escrituras de las alcaldías, debemos respetar la vida. Estado civil, gloriosa divinidad que reinas en los templos de las municipalidades, yo te saludo. Tú eres más fuerte que la naturaleza. ¡Ah! ¡ah!

3 de Julio.—Debe ser extraño y sabroso placer el de matar; tener allí delante un ser que vive, que piensa; hacerle un agujerito, nada más que un agujerito; ver correr esa cosa roja, que es la sangre, que constituye la vida, y ya no tener allí delante más que un montón de carne blanda, fría, inerte, vacía de pensamiento...

5 de Agosto.—Yo que he pasado mi existencia en juzgar, en condenar, en matar con palabras, en matar con la guillotina á aquellos que habían matado con el cuchillo. ¡Yo! ¡yo! Si yo hiciera como los asesinos á quienes he castigado, ¡yo! ¡yo! ¿Quién había de saberlo?

10 de Agosto.—¿Quién había de saberlo jamás? ¿Sospecharían de mí, de mí, sobre todo si escogía un ser que no tuviera ningún interés en suprimir?

15 de Agosto.—¡La tentación! La tentación ha entrado en mí como un gusano que se arrastra. Ella también se arrastra, anda, se pasea por todo mi cuerpo; en mi imaginación, que no piensa más que en esto, matar; en mis ojos, que tienen necesidad de mirar la sangre, de ver morir; en mis oídos, donde pasa sin cesar algo desconocido, horrible, desgarrador, enloquecedor, como el último grito de un ser; en mis piernas, donde se agita el deseo de ir, de ir derecho al sitio donde la cosa ha de verificarse; en mis manos, que se estremecen por el deseo de matar. ¡Qué bueno debe ser eso, qué raro, qué digno de un hombre libre, superior á los demás, dueño de su corazón y que busca sensaciones refinadas!

22 de Agosto.—No he podido resistir más, y he matado un animalito para ensayarme, para comenzar.

Juan, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada en la ventana del Tribunal. Le he enviado á un recado y he cogido al pajarito en mi mano, donde sentía latir su corazón. Tenía calor. Subí á mi habitación. Poco á poco lo apretaba más fuerte; su corazón latía más deprisa; esto era atroz y delicioso.

Estuve á punto de ahogarle.

Pero no hubiera visto la sangre.

Entonces cogí las tijeras, las de las uñas, le corté la cabeza de tres tijeretadas, todo muy despacio. El pobrecillo abrió el pico y se esforzaba por escapar; pero yo le sujetaba, ¡oh!, yo le sujetaba; ya hubiera tenido un perro rabioso y hubiera visto correr la sangre. ¡Qué bella, roja, luciente, clara, es la sangre!

Me daban ganas de beberla. ¡Y mojé la punta de la lengua! ¡Qué bueno! ¡Pero tenía tan poca este pobre pajarillo! No tuve tiempo de gozar de esta vista como yo hubiera querido. Debe ser magnífico ver desangrarse á un toro.

Después he hecho como los asesinos, como los verdaderos asesinos.

He lavado las tijeras, me lavé las manos, tiré el agua y he llevado el cuerpo, el cadáver, al jardín para enterrarlo. Lo he metido bajo una mata de fresa. No se le encontrará jamás. Yo comeré todos los días una fresa de esta planta.

¡Verdaderamente, cómo se puede gozar de la vida, cuando se sabe!

Mi criado ha llorado; cree que su pájaro se ha escapado. ¡Cómo había de sospechar de mí! ¡Ah! ¡Ah!

25 de Agosto.—¡Es preciso que yo mate á un hombre! Es preciso.

30 de Agosto.—Ya está hecho. ¡Qué poca cosa es!

Estaba paseándome en el bosque de Vernes. No pensaba en nada, no, en nada.

De pronto vi un niño en el camino, un niño que comía una tostada de manteca.

Se paró para verme pasar y dijo:

—Buenos días, señor presidente.

Y se me ocurrió en seguida; — ¡Si yo le matase!

Le respondí:

—¿Estás solo, muchacho?

—Sí, señor.

—¿Completamente solo en el bosque?

—Sí, señor.

El deseo de matarlo me embriagaba, como si fuera alcohol. Me aproximé muy despacio, persuadido que iba á huir. ¡No se movió, y le cogí por la garganta..., y la apreté, la apreté con toda mi fuerza! ¡El me miraba con ojos asustados! ¡Qué ojos! ¡Redondos, profundos, límpidos, terribles! Yo no he experimentado jamás una emoción tan brutal... pero tan corta. El cogía mis puños con sus manitas, y su cuerpo se retorcia como una pluma sobre el fuego; después no se movió.

Mi corazón latía, ¡ah!, como el corazón del pájaro. Tiré el cuerpo en una hondonada y lo cubrí de hierba.

Volví, y comí muy bien. ¡Qué poca cosa es eso! Por la noche, estaba alegre, ligero, rejuvenecido, y pasé la velada en casa del Gobernador. Me encontraron espiritual.

Pero no he visto la sangre. Estoy tranquilo.

30 de Agosto.—Han descubierto al cadáver. Buscan al asesino. ¡Ah! ¡Ah!

1.º de Septiembre.—Prenden á dos vagabundos. Las pruebas faltan.

2 de Septiembre.—Los padres han venido á verme llorando. ¡Ah! ¡Ah!

6 de Octubre.—No se ha descubierto nada. Algún vagabundo errante habrá dado el golpe. ¡Ah! ¡Ah! ¡Si yo hubiera visto correr la sangre, me parece que estaría tranquilo ahora!

10 de Octubre.—La gana de matar me invade hasta los tuétanos. Esto se puede comparar á las rabias del amor, que torturan á los veinte años.

20 de Octubre.—Uno más. Iba yo por la orilla del río después de almorzar. Y vi, bajo un sauce, un pescador dormido. Eran las doce. Una azada parecía puesta á propósito en un campo de patatas allí al lado.

La cogí y volví; la levanté como una maza, y de un solo golpe por el filo, partí la cabeza del pescador. ¡Oh! ¡Este ha sangrado! ¡Sangre roja, llena de la masa cerebral! Esta corría en el agua, muy despacio. Y yo me marché con paso grave. Si me hubieran visto... ¡Ah! ¡Ah! Hubiera sido un excelente asesino.

25 de Octubre.—El proceso del pescador levanta un gran ruido. Se acusa de la muerte á su sobrino, que pescaba con él.

26 de Octubre.—El juez de instrucción afirma que el sobrino es el culpable. Todo el mundo lo cree por la ciudad. ¡Ah! ¡Ah!

27 de Octubre.—El sobrino se defiende muy mal. Había ido al pueblo á comprar pan y queso, dice. Y juró que han matado á su tío durante su ausencia. ¿Quién le creará?

28 de Octubre.—El sobrino ha tenido que confesar: tanto le han hecho perder la cabeza. ¡Ah! ¡Ah! ¡La justicia!

15 de Noviembre.—Hay pruebas abrumadoras contra el sobrino que debía heredar á su tío. Yo presidiré el Tribunal.

25 de Enero.—¡A muerte, á muerte, á muerte! El abogado fiscal ha hablado como un ángel. ¡Ah! ¡Ah! uno más, iré á verle matar.

10 de Marzo.—Se acabó. Le han matado esta mañana. Está bien muerto, ¡muy bien! Eso me da gusto. ¡Qué hermoso es ver cortar la cabeza de un hombre! ¡La sangre ha saltado como una ola, como una ola! ¡Oh! Si hubiera podido, hubiera querido bañarme dentro. ¡Qué embriaguez, acostarme encima, recibir eso en mis cabellos y sobre mi cara, y levantarme todo rojo, todo rojo. ¡Ah! ¡si se supiera!

Ahora espero, yo puedo esperar; bastaría tan poco para sorprenderme.

.....
El manuscrito contenía aún muchas páginas, pero sin relatar ningún nuevo crimen.

Los médicos alienistas á quienes se les ha confiado afirman que existen en el mundo muchos locos ignorados, tan diestros y tan temibles como este monstruoso demente.

GUY DE MAUPASSANT.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD

UN día nebuloso de Febrero empezaba á iluminar las cortinas blancas de las ventanas de una triste habitación. Al lado de la chimenea, una anciana modestamente vestida, con la mirada vaga, la boca contraída por un deseo de llorar, á duras penas reprimido, pasaba maquinalmente las cuentas del rosario.

Nada se oía en el gran silencio de la madrugada, mas que el ruido de las cuentas benditas y una respiración anhelosa, profunda, intermitente, que salía de una cama colocada en el fondo de

la habitación aun envuelta en sombras y que recibía los reflejos amarillentos de una lámparilla agonizante.

—¡Señora! ¡señora! ¡parece que habla!

—¿Has oído algo?

Con un movimiento rápido la criada salió de un rincón en donde había pasado la noche en vela con la anciana madre, agotadas ya las oraciones, y las dos mujeres se acercaron al lecho.

Escucharon con ansiedad. La madre levantó la cortina que el movimiento de su pecho hacía mover y dijo:

—Yo no oigo nada... ¡Ah! sí, parece...

Elevando un poco la voz que se ahogaba y cambiaba de timbre por un esfuerzo que hacía la pobre mujer, para darle acento de alegría, tan extraño y bajo en que latían todas las piedades y todas las angustias, le dijo:

—Alberto, hijo mío, ¿estás mejor?... ¿Quieres algo?...

Y extendió la cabeza, espionando aquella masa inerte, inanimada, estúpida, que era en lo que había venido á parar su hijo.

El moribundo no hacía el menor movimiento, nada que indicase la menor sensibilidad. En su cara congestionada, los ojos obstinadamente abiertos no se fijaban en nada; parecían perdidos en el vacío. Había algo de cruel en la inmovilidad de aquel cuerpo en que nada vivía, á no ser la respiración que parecía revelar la oscura y furiosa lucha de la desorganización suprema.

La criada estaba detrás de su señora y le hablaba muy bajo.

—Lo aseguro, señora; he oído que decía alguna cosa.

—Te has engañado, pobre Mariana. Además, el médico...

Pero se interrumpió, y con un gesto impuso silencio á la criada, se inclinó y sus blancos rizos, rozando la almohada, parecían hacer al enfermo una tierna caricia.

Mariana había dicho la verdad: sin mover los labios, sin que la mirada se aclarase, el moribundo trataba de pronunciar un sonido que parecía venir de muy lejos:

—A... a... a...

Ahora repetía esto sin cesar, con implacable obstinación:

—A... a... a...

Mme. Greant se volvió á su sirvienta y las dos cambiaron una mirada de esperanza.

Aquel era el primer signo de existencia que daba Alberto desde que tres días antes lo habían llevado á casa de su madre, herido por un ataque de parálisis.

No hacía más que una semana que había llegado á aquella tranquila casa de provincia, después de cuatro años de ausencia que había pasado en París; cuatro años oscuros para el corazón de su madre.

¿Qué había hecho allí, en la ciudad misteriosa que ella se imaginaba tan terrible? Escribía pocas veces — y menos en los últimos tiempos. — ¡Cómo había llorado! ¡Su Alberto, su último lazo á la vida! Todos sus otros hijos habían muerto, su marido también; tenía pocos amigos, y éstos incapaces de comprender la gran pasión maternal de que tenía llena el alma... Había llorado en silencio á su hijo extraviado, y cuando volvió, apenas le dirigió algunos reproches: tanta fué su alegría por volverlo á ver.

Ahora sentía aquellos reproches y las preguntas amargas con que lo había recibido. Por penoso que fuera para su corazón el verle llegar cínico, incrédulo, muy distinto de aquel hijo sanamente educado, piadosamente instruido, que había ido á París, se reprochaba la severidad de su acogida ahora que lo veía abrumado por aquel mal terrible.

—Está muy grave: no hay esperanzas,—había dicho el médico, y cuando ella le preguntó la causa de aquella enfermedad, sólo obtuvo esta respuesta:—¡Vicios de París!

¡Cuánto odiaba aquella población que mata las almas y gasta los cuerpos! ¡Cómo maldecía su orgullo de madre, que se había cegado por el mirage de la gloria que el joven poeta pretendía encontrar allí! ¡La gloria! Eran aquellas estrofas que había recibido impresas con primor y con títulos extraños, y cuyo sentido habían tratado en vano de comprender.

Pero ¿qué importaba ahora esta bancarrota de sus esperanzas? Una sola cosa le destrozaba el corazón: ¡que podía morir su último hijo, su hijo más querido!...

Toda la noche la pasó rezando, y parecía que Dios la había oído. ¡Su hijo hablaba!

¡Ah! ¡Cómo pasaba de la más terrible desesperación á la esperanza de que se salvaría!

Y en su éxtasis de dicha cayó de rodillas, sollozando y dando gracias á Dios, besando con frenesí la mano rígida, fría y dura que se agitaba sobre la sábana, y siempre á intervalos iguales, la voz extraña del paralítico repetía:

—A... a... a...

La madre le preguntaba con mimo:

—¿Ves como estás mejor, querido hijito?... ¿Qué quieres?

El enfermo pareció hacer un esfuerzo supremo y dijo:

—A... a... a...

—¿Qué querrá?—decía la criada.

La madre tuvo una inspiración, hija de su deseo.

—¡Es la absolución lo que quiere!... ¡Pobre hijo mío!...

Y empezó á sollozar de pena y de reconocimiento.

Mariana, vete á escape en casa del padre Vallée y dile que mi pobre hijo ha recobrado el conocimiento y que lo llama... Anda pronto; pronto, pronto.

La criada salió. Mme. Greant besó la frente húmeda de su hijo y le dice bajito:

—El cura va á venir á verte, puesto que lo deasas... Pero no hay que apurarse... Estás mejor... Ya ves que empiezas á hacerte comprender. ¡Mi querido hijo!... ¿Te acuerdas del padre Vallée? Él es el que te dió la primera comunión. ¿Te alegrarás de verlo, verdad?

Pero la mirada del enfermo había vuelto á su inmovilidad, y sólo de vez en cuando se le oía decir:

—A... a... a...

—No te impacientes; el padre no puede tardar. Y la pobre mujer iba de la ventana hasta el lecho.

Por fin el sacerdote entró.

—Alberto quiere ver á Ud. Pide la absolución —le dijo Mme. Greant, con acento de pena en que se traslucía un relámpago de alegría cristiana.

El sacerdote se acercó y tomó la mano de Alberto.

—Hijo mío, ¿ha querido Ud. verme?

La voz del moribundo continuaba impasible:

—A... a... a...

—Voy á dar á Ud. lo que pide.

Un estremecimiento sacudió los miembros del joven, y una especie de beatitud pareció extenderse por todos los rasgos de su fisonomía.

En el fondo de la habitación las dos mujeres estaban de rodillas.

—Antes de absolverle, y puesto que no puede usted hablar, yo preguntaré y Ud. me responderá por señas.

El enfermo, con acento que cada vez se hacía más imperioso, repitió.

—A... a... a...

A pesar de sus esfuerzos, el cuerpo permanecía inmóvil; parecía que volvía un poco á la vida. Con vago movimiento los pulgares apretaban la sábana. La mirada se aclaró, una expresión de voluntad terrible pasó por su rostro: el moribundo reunió sus fuerzas y luchaba con la parálisis que le atenazaba; las venas de la frente se hincharon con el esfuerzo.

—No dude Ud. de la misericordia de Dios—decía el sacerdote.—Pídale...

De pronto Alberto se incorporó bajo el galvanismo de la dislocación suprema, y rugió exasperado:

—A... ajenjo!

Su cabeza osciló lúgubrementemente sobre sus hombros y cayó sobre la cama con un movimiento seco de juguete roto.

JULIO RICARD.

CENTENARIO DE COLÓN

Sumario: Los gremios de Madrid.—El ejército en el Centenario.—Concurso internacional de bandas de música.



A Comisión ejecutiva de los gremios de Madrid ha convocado un concurso entre los artistas de esta capital para la ejecución de tres carrozas alegóricas, las cuales han de figurar en la manifestación cabalgata que con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América organiza el comercio y la industria.

Los asuntos que han de servir como motivos para dichas tres carrozas son:

- 1.º La Navegación.
- 2.º La Agricultura; y
- 3.º Apoteosis de Colón.

Los artistas que gusten tomar parte en este concurso remitirán sus dibujos ó proyectos, acompañados de una Memoria explicativa y del presupuesto general, á la Secretaría de la Cámara de Comercio.

Los gremios de peluqueros y barberos han acordado tomar parte en las fiestas que se celebren con motivo del cuarto Centenario á Colón, concurriendo á la manifestación cabalgata del comercio y la industria, á cuyo efecto construirán un magnífico estandarte que represente la suya.

Los comerciantes de la calle de la Montera, que se proponen contribuir también á los festejos del Centenario con algunos muy brillantes costeados por ellos, han nombrado una Comisión ejecutiva, compuesta del Sr. Marqués de Cubas, Presidente, y cuatro Vocales más, que lo son los dueños del bazar Cantó, casa de préstamos número 36, y los Sres. Ruiz de Velasco y Montenegro, dueño este último del café del Pasaje.

La Comisión se reunió en el café citado para acordar la forma de recaudar fondos por cuestación voluntaria, que se espera sea cuantiosa, y

acordó también de pasada algunos de los festejos que han de figurar en el programa.

Forman parte de él una profusa iluminación eléctrica con multitud de focos de arco voltaico y varios arcos monumentales en lienzo, que serán pintados por Bussato.

Los demás festejos irán acordándolos á medida que lo permitan los fondos recaudados.

* *

El Alcalde de Madrid ha celebrado algunas conferencias con el Capitán general Sr. Pavía y el Ministro de Méjico, relacionadas con la parte que la guarnición de esta corte ha de tomar en los festejos del Centenario del descubrimiento de América.

Parece que aun no está definitivamente acordado el programa, aunque es posible que el elemento militar contribuya al esplendor de las fiestas costeando una monumental carroza.

El Sr. Ministro de la Guerra ha visitado el estudio del eminente escultor D. Agustín Querol.

El General Azcárraga pidió á éste la idea de un carro alegórico del ejército, para que figure en la procesión cívica que tendrá efecto en las próximas fiestas del Centenario del descubrimiento de América.

El Sr. Querol le propuso un carro formado por un galeón, y en su cubierta, y sosteniendo el busto del insigne descubridor del continente americano, á todos los grandes Capitanes españoles conquistadores de aquellos territorios: Hernán Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia, Solís, Narváez, Alvarado, etc., y en el espacio el genio descubriendo la figura de Colón.

Por lo mucho que costaría realizar este proyecto, se convino en otro de menos proporciones, y que seguramente ha de resultar grandioso y artístico ejecutado por el Sr. Querol.

* *

El Ayuntamiento ha acordado la celebración de un concurso internacional de bandas de música, civiles y militares y orfeones, que se llevará á efecto en los días 26, 28 y 30 del próximo Octubre bajo las siguientes bases:

1.ª Se abre un concurso internacional de bandas de música, civiles y militares, y sociedades corales.

2.ª Pueden tomar parte en el concurso todas las bandas de música, tanto civiles como militares, y las sociedades corales que lo soliciten del Excmo. Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento, extendida en papel simple, y remitiéndola para el día 10 de Octubre próximo, en cuyo día y hora de las doce quedará cerrada definitivamente la inscripción: dichas instancias han de venir visadas por el Sr. Alcalde de la localidad, y las del extranjero por el Cónsul de España de la demarcación.

3.ª El concurso se dividirá en tres secciones: 1.ª Bandas civiles; 2.ª Sociedades orfeónicas; y 3.ª Bandas militares.

4.ª Recibida que sea la solicitud, firmada por los señores directores de bandas y orfeones, se entregará ó remitirá el documento que acredite su admisión.

5.ª El concurso se basará en la ejecución del siguiente programa: Bandas civiles: 1.º Fantasia morisca de Chapi.—2.º Una obra de libre elección.—Sociedades orfeónicas: 1.º El Carnaval de Roma, de A. Thomas.—2.º Una obra de libre elección.—Bandas militares: 1.º Sinfonía de la ópera *Rienzi*, de Wagner.—2.º Una obra de libre elección.

6.ª Los premios que se adjudicarán serán los siguientes: Para bandas civiles, un premio de 5.000 pesetas, otro ídem de 3.000, otro ídem de 1.000 y seis de 500 para cada una de las seis bandas que sigan en mérito á las que obtengan los premios; para sociedades orfeónicas, un premio de 5.000 pesetas, otro ídem de 3.000, otro ídem de 1.000 y seis de 500 para cada una de las seis que sigan en mérito á las premiadas; para bandas militares, un premio de 5.000 pesetas, otro ídem de 3.000, otro ídem de 1.000 y seis de 500 para cada una de las seis que sigan en mérito á las premiadas. Las bandas militares podrán optar al premio en metálico ó al de una medalla que á este efecto se acuñe.

7.ª El orden del concurso se señalará por medio de un sorteo, que se verificará el día 22 de Octubre y hora de las tres de la tarde.

8.ª El Jurado se compondrá de once individuos nombrados por el Excmo. Sr. Alcalde, de acuerdo con el Excmo. Sr. Director de la Escuela de Música y Declamación.

9.ª El Jurado se reserva el derecho de no adjudicar los premios que á su juicio crea no deben concederse.

10.ª Será condición indispensable para tomar parte en este certamen que las bandas de música se compongan de treinta y cinco individuos como mínimo y de igual número las sociedades corales.

11.ª Cada banda de música ú orfeón que al concurso se haya inscripto remitirá al Excelentísimo Sr. Alcalde Presidente un ejemplar de la obra de libre elección quince días antes del en que se ha de celebrar el concurso.

12.ª Las bandas y sociedades corales que resulten premiadas contraerán la obligación de tomar parte en un gran festival que organizará el Ayuntamiento, y que se celebrará en uno de los días inmediatos al certamen.

13.ª El concurso de bandas civiles se verificará el día 26 de Octubre.

El de orfeones, el día 28 del mismo.

El de bandas militares, el día 30 siguiente.

MALATESTA.

CRISTÓBAL COLÓN

(Continuación.)



DURANTE sus inútiles gestiones en la corte de Portugal, el desgraciado marino perdió su esposa, que había constituido su amor, su consuelo y la que más le había alentado en la realización de sus planes. Descuidada su fortuna por las esperanzas que había fundado en sus proyectos, Colón se había arruinado; sus acreedores se encarnizaban en los frutos de su trabajo, se apoderaban de sus esferas y sus mapas, y hasta le amenazaban con encarcelarle. El pobre marino había perdido muchos años en vanas esperanzas; se acercaban para él los años de la edad madura; su hijo iba creciendo, y en lugar del mando que había entrevisto, no percibía en lontananza más que la pobreza y la miseria. Cierta noche huyó de Lisboa y emprendió su marcha á pie, sin otro recurso que la hospitalidad que podía hallar en su camino, ya conduciendo á su hijo Diego por la mano, ya sustentándole en sus hombros. Colón penetró en España resuelto á ofrecer á Fernando é Isabel, que la gobernaban, el imperio ó el continente que Portugal había rechazado.

En esta larga peregrinación hacia la movible é insegura corte de España, fué cuando llegó al monasterio de la Rábida, cerca el puerto de Palos. Su intención consistía en llegar hasta Huelva, insignificante población de Andalucía, donde vivía un hermano de su esposa, dejar á éste su hijo Diego y afrontar por sí solo las lentitudes, los azares, la incredulidad que quizá merecerían sus proyectos en la corte de Isabel y de Fernando.

En esta larga peregrinación hacia la movible é insegura corte de España, fué cuando llegó al monasterio de la Rábida, cerca el puerto de Palos. Su intención consistía en llegar hasta Huelva, insignificante población de Andalucía, donde vivía un hermano de su esposa, dejar á éste su hijo Diego y afrontar por sí solo las lentitudes, los azares, la incredulidad que quizá merecerían sus proyectos en la corte de Isabel y de Fernando.

Dícese que antes de penetrar en España creyó de su deber, como italiano y genovés que era, ofrecer sus descubrimientos á Génova y al senado de Venecia; pero que éstas dos repúblicas, ocupadas en sus intrigas y ambiciones, rechazaron fría y desdeñosamente su oferta.

El prior del monasterio de la Rábida era más versado en las ciencias relacionadas con la navegación de lo que era de esperar de un hombre de su estado. El hallarse su convento situado no lejos del mar y cerca el puerto de Palos, que era entonces uno de los más frecuentados de la andaluza costa, hacia que el fraile sostuviese relaciones con sus navegantes y armadores. Mientras había permanecido en la corte y en la capital del reino, se había dedicado al estudio de las ciencias naturales y de los problemas que formaban la preocupación de su época. Al principio sintió piedad por Colón, en quien vio á un hombre muy superior á la fortuna que le había deparado el destino; mas luego aquella piedad se convirtió en admiración, y sus conversaciones con él infundieron en su alma un gran entusiasmo por sus proyectos. Vió en Colón á uno de esos enviados de Dios que son rechazados de los umbrales de los palacios ó de las ciudades, á los que aportan con sus indigentes manos tesoros de invisibles verdades. La religión comprendió el genio, el cual quiere tener cual ella sus fieles. Sintióse inclinado á participar de las revelaciones del genio, no por la ciencia, sino por la fe. La Providencia envía casi siempre uno de esos creyentes á los hombres superiores á fin de que éstos no decaigan ante las asperezas de la incredulidad, de las persecuciones y la dureza inconsciente del vulgo; revisten la más sublime forma de la amistad; son los partidarios de la verdad desconocida, los confidentes de un porvenir que se considera imposible.

Juan Pérez de Marchena—que así se llamaba el fraile—se sintió, en el fondo de su soledad, predestinado por el cielo para ser el introductor de Colón en el favor de Isabel y creyó que debía ser el apóstol de su creencia en este mundo. Lo que admiraba en Colón era, no tan sólo su proyecto, sino su valor, su carácter, su modestia, su gravedad, su elocuencia, su piedad, su virtud, su dulzura, su gracia, su paciencia, su infortunio tan noblemente soportado; prendas que revelaban en él una de esas naturalezas marcadas con las perfecciones de ese divino sello que destierra el olvido y que obliga al amor y la admiración á un mismo tiempo. Después de su primera conferencia, el monje no sólo se sintió convencido, sino que le dió todo su corazón, el cual nunca le fué retirado. Colón era un amigo.

Juan Pérez obligó á Colón á aceptar por algunos días un asilo en el monasterio para que él y su hijo encontraran un descanso. Durante su corta estancia en el mismo, el prior comunicó á sus amigos de Palos la llegada y las aventuras de

su huésped y les rogó que fuesen al convento para hablar con él sobre sus proyectos, sus conjeturas, sus intenciones y sus planes, á fin de apreciar si sus teorías armonizaban con sus ideas. Un hombre eminente, el médico Fernández, gran amigo del prior, y un piloto muy hábil del mismo puerto de Palos llamado Pedro de Velasco, aceptaron la invitación del monje, visitaron el convento muchas veces, oyeron á Colón, participaron con el calor de los espíritus rectos y de los corazones sencillos de sus ideas y formaron ese primer cenáculo en que toda fe nueva se empolla en la confianza de algunos prosélitos, á la sombra de la intimidad, de la soledad y del misterio. Todas las grandes verdades, antes de que se publiquen en alta voz en el mundo, empiezan por ser un secreto entre unos cuantos amigos. Estos primeros amigos, conquistados á sus convicciones por Colón en la celda de un pobre monje, le fueron quizá más queridos que el entusiasmo y el aplauso de España cuando el éxito hubo de sancionar sus previsiones. Los primeros creían en la fe de sus palabras; los segundos no creyeron más que en la fe de sus descubrimientos realizados.

El fraile, viendo confirmadas sus impresiones por la ciencia del médico Fernández y la experiencia del piloto Velasco, se apasionó con ellos por su huésped. Este resolvió dejar su hijo á su cuidado en el monasterio de la Rábida y dirigirse hacia la corte para solicitar la protección de Isabel y de Fernando. El azar hubo de proporcionar al pobre monje un introductor natural en la corte de España. Había dirigido por mucho tiempo la conciencia de Isabel, y desde que su afición al retiro le había alejado de palacio, había conservado relaciones de amistad con el confesor nuevo que había dado á la Reina. Este confesor, ministro de la conciencia de los reyes en aquella época, era Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, hombre de mérito, de crédito y de virtud, ante quien se abrían las puertas de palacio. Fray Pérez de Marchena entregó á Colón para el confesor de la Reina una carta de recomendación muy expresiva. Le proporcionó la ropa necesaria para que con ella se presentase decente en la corte, le dió una mula, un guía, una bolsa llena de escudos, y abrazándole en la puerta del convento, recomendó á Colón y su empresa al Dios que inspira los grandes y sublimes pensamientos.

Penetrado Colón de agradecimiento por este primero y generoso amigo, que no le abandonó jamás, se encaminó á la ciudad de Córdoba, que era entonces la residencia de la corte. Iba allí con esa confianza en el éxito que constituye la ilusión, pero al mismo tiempo la estrella del genio. Esta ilusión no debía tardar mucho en perderse y esta estrella en velarse. El momento en que el aventurero genovés iba á ofrecer un mundo á la corona de España, era mal escogido: Isabel y Fernando, lejos de pensar en la conquista de posesiones problemáticas en mares desconocidos, estaban ocupados en la que querían arrancar del poder de los árabes. Posesionados estos últimos desde muchos años de la Península, veían arrebatadas una tras otra las ciudades y provincias de una nación de la que no les quedaba más que los valles y los montes que rodeaban Granada, capital y maravilla de su imperio. Fernando é Isabel empleaban todo su poder, sus esfuerzos y todos los medios de sus dos reinos para arrancar á los moros esa ciudadela de España. Unidos en un matrimonio que la política y el amor habían cimentado y que una gloria común ilustraba, el uno había traído en dote el reino de Aragón y el otro el de Castilla á aquella comunidad de coronas. Pero aunque el Rey y la Reina hubiesen confundido así sus provincias en una sola patria, conservaban en ellas y cada uno de por sí un dominio autónomo é independiente. Cada uno de los dos reyes tenía su consejo y sus ministros aparte. Estos últimos no se confundían en un solo gobierno más que cuando se trataba de los intereses generales de los dos reinos. La naturaleza había dotado á aquellos dos soberanos con las cualidades y perfecciones que necesita un reinado de prestigio, de civilización y de conquista. Fernando, que tenía alguna más edad que Isabel, era un gran guerrero y un consumado político. Antes de llegar á la edad en que se aprende con una triste experiencia el conocimiento de los hombres, él los adivinaba; su único defecto consistía en cierto escepticismo y en cierta frialdad originados en su desconfianza, la cual cerraba su corazón al entusiasmo y la grandeza. Pero la falta, hasta cierto punto, de estas dos virtudes, se hallaba compensada por la ternura de alma, por la magnanimidad de corazón y por el genio de Isabel su esposa. Joven, hermosa, admirada de todos, adorada por él, instruida, piadosa, sin superstición, elocuente, llena de amor por los grandes hombres, de confianza en los grandes pensamientos, imprimía al espíritu y á la política de Fernando el heroísmo que viene del corazón, y lo maravilloso, que es hijo de la fantasía. Ella inspiraba y él ejecutaba; ella encontraba la recompensa en la fama adquirida por su marido, y él su gloria en la admiración y el amor que le inspiraba su esposa. Este doble reinado, que había de ser tan célebre, casi fabuloso en España, no aguardaba, para inmortalizarse, más que la llegada de ese extranjero que iba á implorar

su acceso en el palacio de Córdoba, trayendo en su mano la carta de un pobre fraile.

Esta carta, leída con incredulidad y prevención por el confesor de la Reina, no abrió á Colón más que una perspectiva de desaliento y desdenes. Los hombres sólo estudian ó examinan los pensamientos audaces cuando viven en la soledad y el ocio. En el tumulto de los negocios y de las cortes, carecen de tiempo y benevolencia para ocuparse de ellos.

Colón,—dice el historiador Oviedo,—contemporáneo de este grande hombre, halló todas las puertas cerradas porque era extranjero, porque iba pobremente vestido y porque no llevaba á los cortesanos y á los ministros más recomendación que la de un solitario monje franciscano que hacía ya mucho tiempo era olvidado de la corte.

El Rey y la Reina ni siquiera habían oído hablar de él; el confesor de Isabel, ya fuese por desdén, ya por indiferencia, engañó por completo la esperanza que había puesto en él el superior de la Rábida. Obstinado Colón en su idea, no quiso alejarse de Córdoba, para ver si la fortuna le proporcionaba una ocasión favorable para realizar su empresa. Luego de apurar el dinero que guardaba en la modesta bolsa que le había entregado fray Pérez de Marchena, ganó miserablemente su existencia vendiendo mapas y esferas, jugando, por decirlo así, con un mundo que iba á descubrir en breve. En su vida ruda y paciente no vislumbró en el fondo de su oscuridad y en aquellos largos años más que la miseria, el trabajo y las esperanzas perdidas. Joven aún y de corazón tierno, amó y fué amado durante este tiempo de prueba. Entonces fué cuando su hijo Fernando nació de este amor misterioso, que el matrimonio no consagró jamás, y lo cual recuerda en su testamento con tiernas y expresivas frases. Colón educó ese hijo natural con tanto cuidado y ternura como su otro hijo Diego.

Su gracia y su dignidad exterior se traslucían sin embargo á través de su profesión humilde. Las personas distinguidas con quienes se relacionaba por su comercio, recibían al hablar con él una impresión de extrañeza y atracción invencibles, que era como la profecía de un gran destino en una condición mediana. Estas relaciones y estas pláticas le proporcionaron algunos amigos, de quienes ha conservado el nombre la historia, para asociarlos al reconocimiento del mundo: citanse entre ellos á Alonso de Quintanilla, intendente de la Reina Isabel; á Geraldini, profesor de sus hijos los Príncipes; á Antonio Geraldini, Nuncio del Papa en la corte de Fernando, y á Mendoza, Arzobispo de Toledo y Cardenal, hombre de tanto crédito que se le llamaba el tercer rey de España.

Asustado al principio el Arzobispo de Toledo con las teorías que parecían refutar las consignadas en la Biblia, sobre el mecanismo celeste, quedó tranquilizado al apreciar la elevada y sincera piedad del oscuro navegante. No vió ya una blasfemia en las ideas que engrandecían la obra y la sabiduría de Dios, y seducido por el sistema, admirando al hombre, obtuvo para su protegido una audiencia de los reyes. Después de aguardar dos años, Colón se presentó á esta audiencia con la modestia de un extranjero humilde, pero con la confianza de un tributario que ofrece á sus señores más de lo que éstos pueden darle.

«Al pensar en lo que era,—escribe el ilustre marino,—mi humildad me confundía; pero al pensar en lo que traía, me consideraba igual á los dos reyes; yo no era yo: era un instrumento de Dios escogido para llevar á efecto una grande empresa».

Fernando escuchó á Cristóbal Colón con gravedad; Isabel con entusiasmo. Al primer golpe de vista, y al oír sus primeras frases, concibió por aquel enviado de Dios una admiración que hubo de llegar al fanatismo; algo que se parecía á la ternura. La naturaleza había dotado al célebre marino de esa seducción que atrae las miradas, de esa elocuencia que persuade el alma. Colón iba á tener por primer apóstol una Reina, y la verdad con que iba á dotar su siglo debía ser recibida y empollada en el corazón de una mujer. Isabel fué esa mujer. Su constancia á favor de Colón no se desmintió ante sus indiferentes cortesanos, ante sus enemigos, ni ante sus múltiples reveses. Creyó en él desde el primer día; fué su prosélito en el trono y su amigo hasta que bajó al sepulcro.

Fernando, luego de haber oído á Colón, eligió un Consejo en la ciudad de Salamanca bajo la presidencia de Fernando de Talavera. Estaba compuesto de los hombres más versados en las ciencias divinas y humanas. Celebró sus sesiones en la capital literaria de España y en el convento de dominicos, donde Cristóbal Colón fué hospedado. Los curas y los frailes decidían entonces de los más importantes y difíciles asuntos. La civilización se había refugiado en la Iglesia. Los monarcas reinaban de hecho, mas las ideas brotaban del cerebro de los papas. La inquisición, que era la policía sacerdotal de aquellos tiempos, husmeaba, escudriñaba, hería hasta las gradas del trono lo que, según ella, tenía visos de herejía. El Rey había elegido como asesores del Consejo algunos profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de cuantas ciencias se cultivaban en Salamanca. Esto no in-

timidaba á Colón: por el contrario, lisonjeábase al verse juzgado por hombres que él estimaba sus iguales, sin pensar que serían adversarios. La primera vez que compareció en la gran sala del monasterio, los frailes y aquellos pretendidos sabios, convencidos de antemano de que cualquier teoría que estuviese por encima de su rutina ó su ignorancia no era más que el sueño de un espíritu enfermo ó un extravío de su soberbia, no vieron en aquel oscuro extranjero mas que un aventurero que deseaba convertir sus quimeras en escabel de su fortuna. Nadie se dignó oírle, excepto dos ó tres frailes del convento de San Esteban, religiosos oscuros y sin autoridad alguna, que se dedicaban á estudios menospreciados por el clero superior en las soledades del claustro. Los otros examinadores de Colón trataron de confundirle con citas de la Biblia, de los profetas, de los salmos y de los padres de la Iglesia, que habían pulverizado con textos indiscutibles la teoría de la redondez del globo y la existencia impía y quimérica de los antipodas. Lactancio, entre otros padres de la Iglesia, se había explicado sobre este particular de un modo terminante, y sus frases eran para ellos como un argumento que destruía las afirmaciones del célebre marino.

«¿Hay nada tan absurdo—exclamaba Lactancio—como el creer que hay antipodas que colocan sus pies en oposición á los nuestros; que hay hombres que andan con los tacones en el aire y la cabeza hacia abajo; que hay una parte del mundo en que todo está al revés y en que los árboles echan las raíces en el aire y las ramas hacia abajo?»

ALFONSO DE LAMARTINE.

(Continuará.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES

La tarde.—El hermoso paisaje del Sr. Espina que lleva este título está impregnado de honda melancolía, y trae á la memoria esa dulce tristeza que despiertan en el alma las tardes de otoño cuando en esta estación recorremos los solitarios campos, llenos de silencio y de poesía, de vagos rumores y de hojas amarillentas que el viento va arrebatando lentamente de los árboles.

Muerte de Gonzalo Fernández de Córdoba.—Una de las figuras más ilustres y gloriosas del reinado de los Reyes Católicos es, sin duda alguna, la del héroe al que estas líneas se refieren, el cual, por sus muchas hazañas, mereció el sobrenombre de *El Gran Capitán*.

Sus legendarias batallas y portentosos triunfos en España é Italia son harto conocidos para que aquí los detallemos; baste decir que durante sesenta años su nombre y sus proezas fueron el asombro de la Europa.

El cuadro que hoy insertamos, original del excelente artista Sr. Castro, le representa en los momentos de su muerte, acaecida el día 2 de Diciembre del año 1515 en la ciudad de Granada.

La civilización y la barbarie.—El Sr. Lizcano tuvo una feliz inspiración al simbolizar en este originalísimo cuadro las edades moderna y media en un tren en marcha, cuya locomotora, al avanzar sobre los rails, con su penacho de humo y sus agudos silbidos, va disipando á su paso duendes, brujas, diablos, vestiglos y cuantos genios del mal concibieron las supersticiones y la ignorancia de aquellos tiempos.

Cristóbal Colón.—Rindiendo un justo y merecido tributo de admiración al insigne escultor Sr. Samartín, damos en este número su magnífica estatua en mármol de Cristóbal Colón, que se halla en el Ministerio de Ultramar de esta Corte, y que, como podrán apreciarlo nuestros lectores, está magistralmente concebida y ejecutada.

ADVERTENCIAS

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

MUSEO DE ARTES



FOTOG. J. LAURENT Y C.ª

LA BARBARIE Y LA CIVILIZACIÓN

Ángel Liscano lo pintó.



J. Samarlin sculps.

FOTOG. J. LAURENT Y C.^ª

CRISTÓBAL COLÓN

Estatua de mármol del Ministerio de Ultramar.



Viuda de Rodriguez, Casa editorial.

TRATADO COMPLETO

DE

AGRICULTURA MODERNA

ENCICLOPEDIA DE LAS TEORÍAS Y BUENAS PRÁCTICAS
QUE DEBE CONOCER TODO LABRADOR, PROPIETARIO RURAL, GANADERO,
HORTELANO, ETC., CON ARREGLO A LOS ÚLTIMOS ADELANTOS Y PUESTA
AL ALCANCE DE TODO LINAJE DE PERSONAS.

dirigido por los señores

DON GUMERSINDO VICUNA

Ingeniero, Catedrático de la Universidad Central, etc.,

Y

DON NICOLÁS MARÍA SERRANO

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid,

*y colaborado por muy distinguidos Académicos, Catedráticos,
Ingenieros, labradores y publicistas.*

Edición de lujo, en folio, con
magníficos grabados, regalo a
nuestros suscriptores. Se publi-
ca por entregas de ocho páginas,
ó sea 50 céntimos de peseta el
cuaderno de 32 páginas. Precio
del ejemplar, 15 pesetas.



Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.— A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.— A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.— Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARÍA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR J. A. FORT

Director de la Revista Quirúrgica y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

En breve se pondrá á la venta la tercera edición, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de Anatomía descriptiva y disección, contiene un resumen de Embriología y de generación y otro acerca de la Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos.

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el Dr. Armas y Céspedes; formará dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto.

Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados juriconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanagues, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.